

do, senador, tres veces ministro de Hacienda, al santanista fiel, al liberal, al conservador, al defensor de la república y también líder militar (con un estilo muy civil), al ilusorio aspirante a la presidencia, al sublevado, al envejecido monarquista de última hora, que en el tránsito entre uno y otro estado fraguó cinco exitosas huidas y conoció más de una vez, con no pocas amarguras, el exilio.

Romántico, dice Bazant, porque, ¿qué otra razón pudo alimentar la extrema fidelidad y admiración de Haro hacia Santa Anna, y qué otra razón pudo volver a Haro contra el general, desleída, por fin, ante sus ojos la figura del héroe? Pero Bazant dice también intuitivo, volátil, contradictorio, adjetivos que poco sirven para calificar al buen político. De confirmar que no era buen político se encargaron los contemporáneos de Haro, para quienes era (dicho con moderación) un aficionado.

¿Y por qué, entonces, la política? Podemos suponer (a eso invitan los frecuentes y lúcidos supuestos de Bazant), que el carácter vehemente de Haro lo impulsaba a la acción, y que para actuar —en su medio y circunstancia— la política era escenario natural, menos seguro pero más inquietante que la administración del patrimonio personal o familiar, a la que le destinaban su origen, antecedentes y ejercicio.

El lector tendrá en sus manos la historia de una vida novelesca, que en la relectura se disfruta más e instruye mejor, como suele suceder con los buenos libros.

Martha Elena VENIER
El Colegio de México

James C. CAREY, *The Mexican Revolution in Yucatan, 1915-1918*,
Boulder and London, Westview Press, 1984, 251 pp.

Este libro penetra la Revolución Mexicana a través de la vida de dos grandes estadistas: Salvador Alvarado (1915-1918) y Felipe Carrillo Puerto (1922-1924), revolucionarios de distinta filiación política —Alvarado, general constitucionalista, Carrillo Puerto, zapatista— cuyos respectivos programas políticos están doblemente unidos por los cambios que ambos produjeron en el sistema socioeconómico de Yucatán y por la firme y apasionada entrega que compartieron por la justicia revolucionaria.

Las dos personalidades marcan la obra del historiador Carey, quien reconoce que su ensayo recorre perfiles biográficos al considerar los programas políticos que suscribieron ambos jefes en favor de las clases menos favorecidas del campo y la ciudad, y a las que otros autores han denominado “populista” y “popular” respectivamente.

Implícitamente, el autor reconoce que sus metas se relacionan con la historia política y sobre este plano están bien logradas. Su interpretación de los hechos que configuran el poder que tuvo Alvarado sobre el régimen de la hacienda —que desarticuló— y sobre la circulación del henequén en el mercado internacional, así como su interpretación de los hechos que conforman el movimiento social por la tierra, que Carrillo Puerto encabezó —con dotaciones de tierra ejidal, récord para el país entero—, son buenas y coinciden *grosso modo* con las interpretaciones de Paoli y Montalvo (1977) y de G. Joseph (1982).

El autor presenta tales realidades injertadas en la autoridad y los intereses del gobierno federal, por una parte, y, por otra, en los intereses económicos y la diplomacia norteamericana. Su metodología, que hace resaltar el antimperialismo, aquilató con justicia todo ese sistema de lealtades/sumisiones, intereses y agresiones abiertas que convergían en el henequén, precisamente a principios de siglo cuando el ágave yucateco alcanzó los elevados precios que se desprendían del monopolio de su producción.

Las interpretaciones de Carey son importantes también por el ordenamiento ponderado de sus fuentes documentales e impresas, entre las que destaca el número de escritores yucatecos consultados. Tal ordenamiento supone el conocimiento de los fantasmas de la historia moderna de Yucatán, a quienes Carey exorciza en su ensayo y reconoce maléfica influencia sobre el desarrollo de la investigación y la enseñanza en Yucatán.

Es precisamente por la necesidad que tenemos los yucatecos de exorcizar de nuestro pasado a los fantasmas, que debemos de lamentar aún más las limitaciones del trabajo de Carey que señalaremos a continuación.

El autor reconoce que su obra no abarca la economía. Sin embargo, no sólo en ese campo nos dejó insatisfechos. Carey nos escatimó también la historia social. Los pueblos que aún en la zona henequenera resistieron a la expansión de la hacienda, y cuyas luchas se expresaban en la repartición de la tierra y las mujeres (la voracidad de la hacienda por ambas se explica por las necesidades económicas y demográficas de su régimen esclavista). Las clases

y los mercados urbanos. Los hacendados henequeneros cuyos intereses y actitudes mentales incluían, además de los correspondientes a los “reyes del henequén”, los de la clase de pequeños y medianos propietarios. Nos referimos aquí a las fuerzas sociales permeables a la Revolución, entre otras cuestiones históricas.

En efecto, el ensayo político es insuficiente. Se inscribe en la “historia del acontecimiento” superada en la historiografía de América Latina en los años sesenta. La “historia estructural” o “total” —que abrió las puertas a la demografía, la economía y la etnografía y que en Francia tiene carta de ciudadanía desde hace 40 años— convirtió lo político en un epifenómeno. Su metodología esencialmente cuantitativa organiza el estudio de estructuras, de permanencias y larga duración.

En conclusión, si lo prometido es deuda, James Carey no nos debe nada. Cumplió con sus interpretaciones de la historia política de una época y con los hechos, detalles, y hasta accidentes, que aportó para la biografía de Felipe Carrillo Puerto principalmente.

En cuanto a la historia debemos decir que Yucatán espera en los archivos a sus historiadores de la totalidad, quienes harán la teoría del siglo XX. Por lo menos al psicoanalista que la libere de los fantasmas que se resisten a morir definitivamente.

Piedad PENICHE RIVERO
Universidad de Yucatán

Sergio ORTEGA (editor), *De la santidad a la perversión, o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Enlace-Grijalbo, 1985, 290 pp.

Esta nueva publicación del Seminario de Historia de las Mentalidades, dirigido por el doctor Sergio Ortega, ofrece 11 ensayos, relacionados entre sí por el tema y la orientación general, que en conjunto presentan un interesante mosaico de escenas de la vida novohispana, peculiares en unos casos y extravagantes en otros, pero siempre expresivas y características.

En ocasiones anteriores, el mismo grupo de autores —con escasas variantes— ha ofrecido estudios similares y exposiciones de carácter teórico y metodológico; por lo tanto hoy ya se conoce la índole de sus trabajos, que pierden en originalidad tanto como